DE CÓMO EL DUQUE VALENTINO

DISPUSO LA MUERTE DE

Vitellozzo Vitelli, Oliverio de Fermo, el señor Pablo y el Duque de Gravina Orsini (1).

Había vuelto el duque Valentino (2) de Lombardía, donde fué á vindicarse de las muchas calumnias propaladas contra él por los florentinos, á causa de la rebelión de Arezzo y de otras plazas de Val de Chiana. Llegado á Imola, determinó realizar con su ejército la empresa contra Juan Bentivoglio, tirano de Bolonia, porque deseaba apoderarse de esta ciudad y hacerla capital de su ducado de la Romaña.

Sabedores del proyecto los Vitelli, los Orsini y sus secuaces, parecióles que el Duque era ya demasiado poderoso, y que, si tomaba á Bolonia, deberían temer que procurara acabar con ellos, á fin de ser el único que quedase en Italia con las armas en la mano.

(1) Esta descripción está tomada de un despacho oficial que Maquiavelo escribió al Consejo de los Diez cuando estaba comisionado cerca del duque Valentino.

(2) César Borgia.

Para tratar de esto celebraron una junta en Magione, cerca de Perusa, concurriendo á ella el cardenal Orsino, Pablo, el Duque de Gravina Orsini, Vitellozzo Vitelli, Oliverio de Fermo, Juan Pablo Baglione, tirano de Perusa, y maese Antonio de Venafro, enviado por Pandolfo Petrucci, jefe del gobierno de Siena, en la cual se deliberó acerca del engrandecimiento del duque Valentino, de sus intentos y de la necesidad de refrenar su ambición, si querían evitar el peligro de ser víctimas de ella.

Acordaron no abandonar á Bentivoglio y procurar la ayuda de los florentinos. Para esto enviaron emisarios á aquél, prometiéndole auxilio, y á los florentinos pidiéndoles que se unieran á ellos contra el enemigo común.

Pronto se supo en toda Italia esta asamblea, y los pueblos disgustados por la dominación del Duque, entre los cuales estaba el de Urbino, cobraron esperanza de cambiar de gobierno.

Así las cosas, algunos de Urbino determinaron apoderarse del castillo de San Leo, que pertenecía al Duque, valiéndose, para ello, de la siguiente estratagema. El gobernador del castillo mejoraba las fortificaciones, y al efecto hacía llevar gran cantidad de maderos. Los conjurados consiguieron echar muchos de ellos sobre el puente levadizo para que los de dentro no pudieran levantarlo; entonces los que estaban apostados ocuparon el puente y en seguida la fortaleza.

Tan pronto como se supo esta conquista, sublevóse todo el ducado de Urbino y proclamó á su antiguo Duque. Más esperanzas que en la ocupación del castillo tenían los sublevados en los de la junta de Magione, que juzgaban habían de socorrerles.

Cuando éstos supieron la rebelión de Urbino opinaron que no debía desaprovecharse aquella ocasión y, reunidas sus tropas, avanzaron para tomar las poblaciones de este Estado que quedaban en poder del duque Valentino. De nuevo enviaron emisarios á Florencia en demanda de que esta República se uniera á ellos, á fin de apagar el incendio que á todos amenazaba, puesto que el partido del duque Valentino estaba vencido, y la ocasión no podía ser más propicia.

Pero los florentinos, que por diversos motivos odiaban á los Vitelli y á los Orsini, no sólo no se unieron á ellos, sino enviaron á su secretario, Nicolás Maquiavelo, para ofrecer al duque Valentino refugio y auxilio contra estos nuevos enemigos suyos.

Estaba el Duque lleno de temor en Imola, pues, por la repentina é inesperada defección de sus soldados, encontrábase desarmado y con la guerra inminente. Pero animáronle los ofrecimientos de los florentinos, y determinó entretener la guerra con las pocas tropas que le quedaban, distrayendo, además, al enemigo con proposiciones de arreglo, mientras le llegaban socorros que se procuró de dos modos: uno, pidiendo gente al rey de Francia, y otro, asoldando algunos hombres de armas y á cuantos pudieran guerrear á caballo; á todos los cuales daba dinero.

A pesar de ello, los enemigos avanzaron, viniendo hacia Fossombrone, donde les hizo frente alguna tropa del Duque, que los Vitelli y los Orsini derrotaron. Por ello el Duque decidió ver si podía salvar las dificultades apelando á un acuerdo. Siendo maestro en disimular y fingir, apeló á todos los medios para hacerles comprender que empleaban injustamente las armas contra él,

porque lo que había conquistado era para ellos y, bastándole el título de príncipe, quería dejarles el principado. Tanto persuadió á los aliados de este intento, que le enviaron para negociar el acuerdo al señor Pablo y al duque de Gravina Orsini, y suspendieron las hostilidades.

Mientras tanto, el duque Valentino no cesaba en sus preparativos, y con gran actividad aumentaba su caballería é infantería, distribuyéndola por diferentes puntos de la Romaña para no alarmar al enemigo. También llegaron entonces quinientas lanzas francesas; y aunque reunía ya fuerzas bastantes para vengarse de sus enemigos en guerra abierta, creyó que era más seguro y útil engañarles, y continuó las negociaciones para el acuerdo, con tanta eficacia, que ajustó la paz, confirmándoles los antiguos contratos para tenerles á su servicio, dándoles cuatro mil ducados al contado, prometiéndoles no molestar á los Bentivogli y hasta emparentar con Juan, el jefe de esta casa. Además, convino en que no podría obligarles á presentarse á él sino cuando ellos quisieran.

Los aliados le prometieron restituirle el ducado de Urbino y las demás tierras que habían ocupado; servirle en todas sus expediciones, y no hacer guerra, ni contratar con otros sus servicios sin licencia suya.

Hecho este convenio, Guido Ubaldo, duque de Urbino, se refugió de nuevo en Venecia, mandando arrasar antes todas las fortalezas de aquel Estado, por no poder defenderlas, ni querer que las ocupara el enemigo, sirviéndose de ellas para tiranizar á su pueblo, que le era adicto.

Firmado el acuerdo, y habiendo repartido sus tropas

por toda la Romaña, el duque Valentino fué á fines de Noviembre, con los hombres de armas franceses, á Cesena, donde estuvo muchos días discutiendo con los emisarios de los Vitelli y de los Orsini (que estaban al frente de sus tropas en el ducado de Urbino) que empresa debería realizarse de nuevo. No convinieron en nada, y los aliados le enviaron á Oliverio de Fermo para decirle que, si quería invadir Toscana, estaban dispuestos á seguirle, y si no, atacarían á Sinigaglia.

Contestó el Duque que no quería mover guerra en Toscana, porque los florentinos eran amigos suyos; pero le parecía bien que fuesen contra Sinigaglia.

Al poco tiempo llegó noticia de que habían tomado esta ciudad; pero el gobernador del castillo se negaba á rendirlo, por deseo de entregarlo personalmente al Duque y no á otro. A causa de ello pedíanle los aliados que fuera. Pareció al Duque ocasión oportuna para no infundir sospechas á los Vitelli y los Orsini, puesto que ellos mismos le llamaban y no iba de propia voluntad y, para confiarles más, licenció todos los soldados franceses, que volvieron á Lombardía, excepto cien lanzas de su cuñado monseñor de Candale.

A mediados de Diciembre partió de Cesena y fué á Fano, donde, con toda la astucia y sagacidad que le eran propias, persuadió á los Vitelli y á los Orsini para que le esperaran en Sinigaglia, mostrándoles que el convenio hecho con ellos no podía ser duradero ni fielmente observado si persistían en desconfiar de él, cuyo deseo era servirse de los consejos y de las armas de sus amigos.

Aunque Vitellozzo seguía desconfiando de César Borgia, porque la muerte de su hermano le había enseñado

que no se debe ofender á un príncipe y fiarse después de él, sin embargo, persuadido por Pablo Orsino, á quien los regalos y las promesas de César Borgia habían seducido, consintió en esperarle.

El día antes de partir de Fano, que fué el 30 de Diciembre de 1502, comunicó el Duque su proyecto á ocho de sus más fieles amigos, entre ellos á D. Miguel y á monseñor de Euna, que fué después cardenal, y les dijo que tan pronto como Vitellozzo, Pablo Orsino, el duque de Gravina y Oliverio de Fermo salieran á recibirle, dos de aquéllos se colocaran á cada lado de uno de éstos, designando los que debían ser, y les entretuvieran en conversación, no separándose de ellos hasta llegar al alojamiento del Duque, en Sinigaglia, donde serían presos. Ordenó en seguida que todas sus tropas de á pie y á caballo, que eran más de dos mil caballos y diez mil infantes, estuvieran al amanecer del día siguiente á orillas del río Metauro, que corre á cinco millas de Fano, y allí le esperaran. El último día de Diciembre llegó el Duque al sitio donde estaba su ejército y mandó avanzar unos doscientos caballos. Después movió la infantería, siguiéndola él con sus demás hombres de armas.

Fano y Sinigaglia son dos ciudades de la Marca, situadas en la costa del mar Adriático y que distan entre sí quince millas. Yendo á Sinigaglia, quedan á la derecha las montañas, cuyos estribos llegan á veces tan cerca del mar, que entre ellos y el agua casi no queda paso, y donde éste es más ancho, apenas tiene dos millas. Sinigaglia dista de las montañas poco más de un tiro de ballesta, y próximamente una milla de la costa. Junto á ella corre un arroyo que baña sus muros por la parte que da hacia Fano y frente al camino de esta población. Hay, pues, que andar bastante camino por los montes para ir á Sinigaglia y, al llegar al arroyo que bordea esta ciudad, se camina por su orilla izquierda el espacio de un tiro de ballesta, hasta un puente que está casi enfrente de la puerta de la población, no en línea recta, sino transversal. Delante de la puerta hay un caserío con una plaza, uno de cuyos lados lo forma la orilla del arroyo.

Los Vitelli y los Orsini habían dado las órdenes necesarias para aguardar al Duque y hacerle honroso recibimiento y, á fin de dejar espacio á las tropas de César Borgia, retiraron las suyas á algunas fortalezas distantes seis millas de Sinigaglia, y dejaron sólo en esta ciudad á Oliverio con su gente, compuesta de mil infantes y ciento cincuenta caballos, alojados en el caserío antedicho.

Así ordenadas las cosas, se dirigió el duque Valentino á Sinigaglia y, al llegar los primeros caballos al puente, no lo pasaron, formando unos hacia el río y otros hacia el campo, y quedando entre ellos el camino por donde desfilaba la infantería, que, sin detenerse, entró en la ciudad.

Vitellozzo, Pablo Orsino y el duque de Gravina salieron á caballo al encuentro del Duque, acompañados de pocos jinetes. Vitellozzo iba sin armas, con una capa forrada de verde, y abatido, como si presintiera su próxima muerte, tanto, que causaba admiración á los conocedores de su valor y anterior fortuna.

Dícese que cuando se separó de los suyos para venir á Sinigaglia al encuentro del Duque, despidióse de ellos como por última vez. Á sus capitanes les recomendó su familia y bienes, y á sus sobrinos que recordaran, más que la fortuna de su casa, el valor de sus padres.

Al llegar los tres ante el duque Valentino y saludarle

respetuosamente, recibióles César Borgia con amabilidad, y en seguida los designados para ponerse á los lados de ellos cumplieron la orden. Pero al ver el Duque que faltaba Oliverio, el cual quedó con sus tropas en Sinigaglia ejercitándolas en la plaza delante de su alojamiento inmediato al arroyo, hizo señas á D. Miguel, encargado de la custodia de Oliverio, para que impidiera se escapase. D. Miguel se adelantó, llegó junto á Oliverio y le dijo que no era momento oportuno de tener las tropas fuera del cuartel, porque podrían ocupar éste las del Duque; por tanto le aconsejaba acuartelarlas é ir con él á recibir al Duque. Oliverio siguió el consejo y llegó á donde estaba César Borgia, quien, al verle, le llamó. Después de saludar á César, se unió á los que le acompañaban.

En esta forma entraron en Sinigaglia; echaron pie á tierra delante del alojamiento del Duque, y llegaron con él á una habitación interior, donde fueron presos.

César Borgia montó en seguida á caballo y ordenó desvalijar á los soldados de Oliverio y de los Orsini. Los de Oliverio fueron saqueados, por estar más cerca. Los de Vitelli y los Orsini, que se encontraban más lejos y habían presentido la ruina de sus jefes, tuvieron tiempo para unirse y, recordando el valor y disciplina de los Orsini y Vitelli, marcharon estas tropas unidas por medio del país enemigo, salvándose, á pesar de los esfuerzos de los habitantes y del ejército contrario.

Pero los soldados del duque Valentino, no satisfechos con el saqueo de los de Oliverio de Fermo, empezaron á saquear la ciudad de Sinigaglia, y á no ser porque el Duque, matando á algunos, contuvo á los demás, la saquean por completo.

Llegada la noche y reprimido el tumulto, ordenó el

Duque matar á Vitellozzo y Oliverio; lleváronles juntos á un sitio apartado, y los estrangularon. Ninguno de ellos dijo al morir nada digno de su pasada vida; porque Vitellozzo rogó tan sólo que pidieran al Papa indulgencia plenaria para sus pecados, y Oliverio, llorando, acusaba á Vitellozzo de ser el causante de las ofensas hechas al Duque.

Pablo Orsino y el duque de Gravina quedaron vivos hasta que César Borgia supo que el Papa había preso en Roma al cardenal Orsino, al arzobispo de Florencia y á maese Jacobo de Santa Cruz. Cuando tuvo certeza de ello, el 18 de Enero, en Castel de la Pieve, fueron también, por orden suya, estrangulados.